**Domingo 27º del Tiempo Ordinario (A). 08.10.2017: Mateo 21,33-43.**

***“Los sumos sacerdotes… tenían miedo a la gente”*. Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

En la línea anterior has leído el comienzo y el final de este texto completo: *“Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas* [las de Jesús], *comprendieron que estaba refiriéndose a ellos. Y trataban de detenerle, pero tuvieron miedo a la gente porque le tenían por profeta”* (Mateo 21,45-46). Los investigadores infatigables añaden, además, que el tenido como versículo 21,44 es una añadidura. Y en más de una edición del Nuevo Testamento no se cita ni en pie de página el texto de este verso 21,44. Atrévase a constatarlo en su Biblia.

He transcrito en el párrafo anterior el texto con el que el Evangelista concluye su relato del capítulo vigésimo primero. Este texto nunca se lee en la dominical liturgia del Evangelio. Y si no se lee, llego a creer que al relato de Mateo 21,33-43 le han cortado su contexto. Y esta obra es tan nefasta que puede suceder como si a un cuadro de pared se le hubiera arrebatado su alcayata. Es seguro que el cuadro acabe en el suelo roto en mil pedazos.

Esta parábola de los ‘viñadores homicidas y sin más entrañas que el deseo de poder y de lucrarse’ (Mateo 21, 33-46) está puesta en labios del mismísimo Jesús de Nazaret y éste se la está contando a las autoridades visibles de la Religión de la Ley de Moisés y del Templo de Jerusalén (Mateo 21,43-46). En este sentido, si hoy leemos en público esta narración tan denunciadora, ¿cómo no pensar en todas las instancias visibles del poder y del tener dentro de nuestra llamada ‘Iglesia de Jesús’ desde el mismísimo Vaticano de Roma hasta el dominio de la parroquia más humilde del más pequeño rincón del mundo?

¿Cómo ha sido posible, en el correr de los años y siglos en la historia, que unas denuncias tan claras sobre el templo de Jerusalén y su sacerdocio se hayan olvidado tan completamente? ¿Cómo es posible que una estructura institucional llamada iglesia se haya atrevido a reproducir no un templo como el de Jerusalén, sino una hidra de templos y de sacerdocios que nunca pertenecieron a la misión evangelizadora de Jesús de Nazaret? ¿Por qué? Porque pertenece a la condición humana la tentación del poder -del poder mandar, del poder tener y del poder creer- (Mateo 4,1-11).

Pero también pertenece a la condición del ser humano la opción por el poder humanizador del servicio: Todo cuanto deseas que te hagan los otros, házselo a ellos (Mateo 7,12). Al contemplar esta doble identidad de nuestra condición humana se comprende en toda su hondura y fortaleza liberadora el mensaje del Jesús de Nazaret del Evangelista Mateo: *“Por esto os digo que se os quitará el Reino de Dios para dárselo a un pueblo que dé a su tiempo los frutos propios de este Reino”* (Mateo 21,43).

¿Desaparecerá el Templo y su Sacerdocio? ¿Surgirá un pueblo donde el respirar de cada viviente y el convivir de unos con los otros sea tan sencillo, tan natural, tan liberador, tan gratificante, tan… como el despertar y el fluir de un manantial de aguas cristalinas? Desaparecerá todo Templo con su Sacerdocio y aparecerá ese pueblo de todos los pueblos cuando no exista otro templo que la realidad que nos sostiene, ni otro sacerdocio que el identificarse con el más pequeño…, cuando no exista otra religión que la de ser persona.

**Domingo 46º del Evangelio de Marcos (08.10.2017): Marcos 14,1-16.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

Según María Magdalena, la evangelista narradora de la experiencia de Jesús de Nazaret, el protagonista de su relato ha abandonado el Templo de Jerusalén, pero permanece aún en la ciudad o en los alrededores de la misma: *“Estando Jesús en Betania en casa de Simón el leproso…”* (Mc 14,3).

Todo este capítulo decimocuarto del Evangelio es una filigrana literaria en la que se han encajado diez unidades en torno a una unidad central (Mc 14, 22-24), que es la llamada última cena de Jesús con los suyos tan habitualmente mal representada en la iconografía religiosa de una mesa rectangular con los doce apóstoles alrededor de Jesús de Nazaret. Pero de esto, hablaré en próximos comentarios.

Nos detenemos ahora en la lectura crítica de las cuatro primeras unidades de esta filigrana narrativa que nos es familiar y que hemos ido llamando ‘palindromía’. La primera unidad es Mc 14,1-2. La suprema autoridad de los Sumos Sacerdotes y de los Escribas ya ha tomado la decisión de acabar con la vida, la persona y la misión de Jesús de Nazaret. Esta es la primera, principal y única razón por la que Jesús murió crucificado. Las interpretaciones de este dato pueden ser las que cada lector y creyente desee que sean.

La segunda unidad es Mc 14,3-9. Un precioso relato que se le ha llamado ‘la unción en Betania’. Si no se lee previamente Éxodo 30,22-33 nunca se llegará a ser consciente de la relevancia del gesto que realiza una mujer sin nombre ante la presencia asombrada de quienes acompañan a Jesús en su encuentro con el leproso Simón en su casa. Esta mujer proclama a Jesús ‘su mesías’ y Jesús acepta la fe de esta mujer. Es justamente la escena diametralmente contraria a la confesión de la blasfema fe de Pedro (Mc 8,27-33). En el gesto ungidor de la mujer y en la aceptación de Jesús, los dos alteraron blasfemamente la vieja ley del Dios del Sinaí y se hicieron merecedores de la pena de muerte.

La tercera unidad es Mc 14,10-11. Es la tercera decisión que alguien toma ante la persona de Jesús. Después de las autoridades religiosas y de la mujer sin nombre, Judas Iscariote decide ‘lucrarse’ de la desaparición y muerte de Jesús. Ante este hombre laico de la pagana Galilea, nadie queda indiferente.

Y la cuarta unidad es Mc 10,12-16. El propio Jesús toma también una decisión, en apariencia poco significativa: celebrar la fiesta de pascua fuera de su familia. La pascua era por excelencia una fiesta de la familia, como así se hizo en aquella noche de la esclavitud en Egipto. En cambio, este Jesús de María Magdalena invita a quienes le andan siguiendo desde Galilea a celebrar juntos, y fuera de sus familias respectivas, la pascua de aquel año. ¿Una desobedien-cia blasfema? Una más, muy importante. ¿Se pareció, alguna vez, la tradicional santa misa de Trento, a esta decisión de Jesús de Nazaret? ¿Cuáles de nuestras llamadas eucaristías pueden entenderse como esa desobediencia blasfema que decidió compartir Jesús de Nazaret con los hombres y mujeres que le acompañaron por Galilea y en el Camino hasta Jerusalén?